

Introducción

El humo del cigarro compartido aromatizaba aquel ambiente de azotea del centro de la Ciudad de México. Ruidos intermitentes de algún automóvil o paseante interrumpían de vez en cuando nuestro silencio. Adolfo y yo éramos desde aquel instante exprenovicios jesuitas. Habíamos dedicado casi un año de nuestras vidas a preguntarnos seriamente si nuestra vocación era seguir a Cristo en la Compañía de Jesús. Nos conocimos unos ocho meses atrás, en Cuernavaca, durante la primera reunión de inducción al prenoviciado. A él lo enviaron a trabajar en el Sistema Jesuita Migrante (SJM), mientras que yo pasé esos meses viajando entre Tabasco, Tampico, Veracruz y la Ciudad de México. Un par de días antes habíamos terminado nuestros ejercicios espirituales ignacianos, en los cuales cada uno tomó, por distintos motivos, la misma decisión: no continuar con el proceso vocacional. Regresamos a aquella casa jesuita para recoger nuestras pertenencias y continuar con nuestras vidas, sin contar con mucha claridad respecto a nuestros siguientes pasos.

—Sabes —le dije a Adolfo mientras inhalaba con fuerza mi cigarro—, la única diferencia entre nosotros y el montón de jesuitas que están abajo es que ellos viven en comunidad.

Adolfo me miró con aprobación, pero sin comprender exactamente a donde se dirigía aquel comentario.

—Sí —continué diciendo—, la única diferencia real no es que ellos hayan tomado votos o tengan alguna suerte de privilegio divino. A lo mucho, la Iglesia ha monopolizado la vida espiritual, haciéndonos creer que

un seguimiento radical a Jesús se traduce necesariamente en una vocación religiosa... Vocación religiosa... ¿sabes que un montón de gente durante este año me decían que orarían por mi vocación? Otros me decían que la cuidara, que la agradeciera. Pues han pasado todos estos meses y los años anteriores que meditaba sobre la posibilidad de ser sacerdote y jamás conocí a la «señora vocación», no me la presentaron.

Adolfo sonrió con su gesto típico, el cual incluía estirar sus ojos hasta que casi no se podían percibir.

—.... y luego esas frases como «vida religiosa», «vida consagrada», ¿acaso no es vida religiosa también la de mi mamá que se dedicó a criar a sus hijos, o vida consagrada la del profesor que consagró su vida a la enseñanza? ¡Na!, la única diferencia real es que esta banda vive en comunidad. La comunidad ha sido siempre un elemento fundamental para sostener la vida espiritual. Sin ella es fácil perderse, con ella todo cobra sentido. ¿Pero apoco la vida comunitaria solo puede vivirse en las «órdenes religiosas»? ¡Claro que no! Tú y yo lo hemos visto muchísimas veces en los pueblos y centros en donde hemos colaborado, antes y durante el prenoviciado. Lo que habría que hacer, siento yo, es tratar de tener una vida comunitaria, juntarnos a vivir la espiritualidad juntos. ¿Te late? Creo que se puede seguir cultivando la amistad y que nos juntemos a orar, incluso ver si podemos vivir juntos y acordar algún horario de oración, actividades y demás. ¿Cómo ves?

—Va —dijo Adolfo—, pero ¿cómo le hacemos?, ¿buscamos donde vivir?

—Pues sí, poco a poco... simplemente creo que eso de «la vida religiosa» no puede ser monopolio de nadie, mucho menos de una orden. Vamos viendo...

Unos meses después de esta conversación conocí a Margarita Sánchez de León¹ en el primer retiro que viví con el Mutuo acompañamiento espiritual y teológico (STMA por sus siglas en inglés) en el 2017.* Aquel re-

* Grupo ecuménico e interreligioso conformado por personas de varios países que, desde los márgenes sociales, acompañamos procesos de liberación y resistencia inspirados por nuestra práctica y horizonte espiritual. En capítulos posteriores, el STMA se perfilará como uno de los ejemplos en los cuales me inspiró para escribir este libro.

tiro se realizó en el monasterio benedictino de Ocotepéc, Morelos, México, misma población en la que años atrás Iván Illich fundó el CIDOC (Centro Intercultural de Documentación). Margarita es una mujer afrodescendiente caribeña, reverenda de la Iglesia Metropolitana, lesbiana, casada con familia y una importante teóloga y activista en distintos frentes, como la diversidad sexual, derechos humanos y teología feminista y *queer*. Puedo decir que escuchar su testimonio fue de los regalos más grandes de ese encuentro. Aún llevo en mi memoria aquella compartición del pan donde personas de distintas tradiciones religiosas, idiomas y países cantamos y bailamos para dar gracias y conmemorar la ofrenda que da luz a la nueva vida: «Que se conviertan Señor en nuevas fuerzas, que nos den valor para luchar...». Pero, de entre las muchas cosas que Margarita nos compartió en aquel retiro, una se me quedó tatuada en el corazón, al grado de fungir como gran inspiración de este libro. Margarita nos dijo: *The spiritual has been kidnaped by the powers in the Church*, «Lo espiritual ha sido secuestrado por los poderes en la iglesia».

El propósito de este libro es realizar una crítica al monopolio radical que la religión tiene sobre aquella dimensión humana que bien podríamos llamar —aún conscientes de la enorme problemática del término— *espiritualidad*. Inspirándome en las palabras de Margarita, mi intención es dar cuenta de cómo la religión secuestró la espiritualidad. Esto con el fin no únicamente de criticar las instituciones religiosas, sino de señalar senderos que muchas personas ya están tomando para salirse de este monopolio y recuperar sus propias capacidades personales y colectivas de vivir espiritualmente, re-ligarse entre sí y la misteriosidad de lo real. Mostraré, además, que la lucha por un mundo nuevo en la que nos encontramos es una lucha espiritual, y que entenderla y vivirla desde ahí abre las posibilidades de una transformación donde «los infinitos se tocan», por parafrasear algo que me escribió Boaventura de Sousa Santos en un intercambio epistolar.*

* Me refiero a una serie de comunicaciones que entablé con Boaventura de Sousa Santos a partir de su interés por conocer la situación de las comunidades oaxaqueñas durante la pandemia del covid-19. Boaventura me escribió —después de que yo le contara que seguía con mi activismo espiritual e interreligioso, tal como le conté unos meses antes cuando lo conocí personalmente en Oaxaca— que continuara con mi interés en la espi-

Antes de iniciar lo que en ocasiones parecerán unos enredosos capítulos, es necesario explicitar algunas aclaraciones. La primera y más importante es dejar en claro que, aunque se trata de una crítica a la religión, no por eso ha de entenderse como una crítica a las personas que viven alguna religiosidad, ni en general ni en específico. Lo que estoy criticando es la construcción de la religión como dispositivo de la artificialidad, que tiene sus orígenes en la invención alquímica del patriarcado que opera como punta de lanza del colonialismo y cuyos pilares secularizados sirven de sostén al capitalismo. No se trata, por lo tanto, de criticar la religión por considerarla primitiva, opresora o atrasada. Todas esas nociones son posturas coloniales.

Tampoco busco ofender a nadie que viva una práctica adjetivada comúnmente como «religiosa», o que se identifique con algún pensamiento llamado «religioso». Mucho menos es mi intención, aunque a veces pareciera, criticar alguna religión en específico. Esto último lo traigo a colación porque la crítica se dirigirá principalmente hacia el cristianismo, en particular a la Iglesia católica romana. Repito, no es un problema particular que tenga contra esta tradición, sino que el hecho de su protagonismo en este libro responde a varios motivos, especialmente los siguientes: estoy pensando desde un mundo occidentalizado, cultura y sociedad fraguadas con el acero cristiano; «religión», en cuanto dispositivo colonial, es, como se verá, un invento de la cristiandad tardía y de los orígenes de la modernidad, siendo a su vez totalmente ajena a cualquier otra cultura.

Cabe mencionar que yo mismo bebo de esta tradición cristiana en concreto, por lo que su influencia es, para bien o para mal, irrenunciable. Esto hace que mis reflexiones aquí contenidas funjan como una especie de autocrítica. De tal modo que por ningún motivo han de leerse estas páginas como un llamado a que las personas abandonen sus iglesias, religiones y tradiciones. Todo lo contrario. Si se continúa la lectura del libro hasta el

ritualidad, que era muy necesario este tema en aquellos momentos en los que un diminuto virus (covid-19) ponía al mundo de cabeza. Pareciera, me dijo Boaventura hablando de la concepción infinita de Dios y del diminuto virus, que los infinitos se tocan. Recupero el texto completo en Elías González Gómez, *Descubrirte en lo pequeño. Textos espirituales que alimentan nuestra realidad*, 123-124.

final, se entenderá que la auténtica invitación es a vivir una espiritualidad convivencial y radical, recuperando el sentido de la proporción comunitaria, la radicalidad mística y la amistad espiritual. Espero que todo se vaya aclarando conforme el argumento comience a tomar forma. Por lo pronto, basta con subrayar que la crítica va enfocada a la desproporcionalidad de la institución religiosa y a sus efectos cuando esta se convierte en monopolio radical.

En la misma tónica, es necesario resaltar que, si bien existen determinados agentes sociales que no solo propician, sino que también parecieran luchar por la instauración de este régimen monopólico y artificial, mi crítica se dirige más hacia los dinamismos de una lógica o empresa civilizatoria que contra algunos personajes específicos, por más que ubicarlos sea una condición importante para conocer cómo y quiénes instauran esta lógica.

Otra aclaración importante es la referente al uso de ciertos términos, particularmente el de *religión*, *espiritualidad* y *mística*. Es en verdad compleja la cuestión que plantean la equivocidad y el lastre histórico que cargan tales palabras. Estoy de acuerdo con Abdennur Prado cuando dice que «La cuestión de qué es una religión no es tan simple como pueda parecer a aquellos que la usan como si fuese un universal sin preguntarse por su origen o sentido».² Se abre un umbral que, a pesar de no poder profundizarlo en este libro, es preciso por lo menos nombrarlo: construir un mundo nuevo comienza por nombrar con palabras nuevas esas otras realidades que vivimos. Si las seguimos nombrando igual, seguirán siendo las mismas que antes. ¡Urgen nuevas palabras para expresar esos mundos otros!

No he dado aún con un término que pueda expresar ese «no sé qué que queda balbuciendo» —por citar a Juan de la Cruz— y al que muchos seguimos nombrando religión, espiritualidad o mística, precisamente por carecer de un concepto mejor. No hace mucho me encontré con una palabra que me atrapó, pero que lamentablemente no logra expresar en su totalidad lo que quiero decir. Se trata de la palabra *hermanamiento*. El término lo leí en un artículo de Raúl Zibechi y aparece como las palabras de Ramiro Lis, compañero del pueblo Nasa en Colombia. Ramiro dice: «Somos ricos porque producimos comida. Pero lo más importante no es lo

material, sino el *hermanamiento*, lo espiritual. El trueque nos ayuda a romper la dinámica del individualismo y fortalece lo comunitario». ³ Otro concepto que está tomando fuerza, sobre todo en el ámbito feminista, es el de *sororamiento*.

Existen, pues, distintas palabras alternativas para nombrar estas experiencias, pero es difícil decidir usar solo una. Es posible, por otro lado, que sea mejor de ese modo, ya que acotar dimensiones así de misteriosas en un solo término me suena a ontoteología,* que solo es otra forma de decir idolatría conceptual. Me veo obligado, empero, a clarificar qué estoy entendiendo por religión, espiritualidad y mística en el contexto de este libro. Las definiciones aquí propuestas tienen como única finalidad explicar a qué me refiero, no definir de una vez por todas estas palabras. Así, por *religión* voy a entender el dispositivo colonial mediante el cual se fue construyendo todo un imaginario social que tiene sus raíces en la pretensión patriarcal de la artificialidad; por *espiritualidad* comprendo una dimensión humana que, sin decir que es un universal cultural, me atrevo a proponerlo como invariante humano, que, según los términos de Raimon Panikkar, implica pensar la espiritualidad como una dimensión humana que se vive, expresa y experimenta de formas muy distintas en los diferentes grupos humanos.** En la cuarta parte del libro expondré mi crítica a los abusos del término *espiritualidad*. Finalmente, por *mística* entiendo un

* *Ontoteología* es un concepto desarrollado por Heidegger y recuperado por filósofos como Emmanuel Levinas y Jean-Luc Marion. El argumento refiere al «olvido del ser», en donde ser y ente se confunden. El ser o dios pasa a ser un ente entre otros entes pero de una calidad superior. El Ser se convierte en el megaente, un ente jerárquicamente acomodado en la cima de la escala de los entes. Este argumento es en esencia otro modo de exponer el inicio metafísico y religioso de la jerarquía.

** Panikkar lo pone en los siguientes términos: «Hago a modo de paréntesis una distinción fundamental entre invariantes humanas y universales culturales, para añadir que existen invariantes humanas: todos tenemos cuerpo, todos comemos, todos andamos, todos hablamos, a todos nos gustan unas cosas, etc. Existen invariantes humanas, pero no universales culturales. Pertenecen precisamente a la cultura dominante que nos hayan querido hacer creer que existen universales culturales. La comida, para unos es ingerir proteínas, para otros es mantenerse en forma, para otros es algo comunitario muy hermoso, para otros es comunicarse con la divinidad, para otros... es completamente distinto. No hay universales culturales». En Raimon Panikkar, «La diversidad como presupuesto para la armonía de los pueblos», *Revista Wiñay Marka*, (1993), p. 104.

dinamismo vital de apertura radical al Misterio o a la misteriosidad de lo real. Profundizaré en este último término en la quinta parte.

Soy muy consciente de la crítica a los conceptos de espiritualidad y mística, críticas que comparto con el propio Abdennur Prado y Richard King.* Sin embargo, en ausencia de una mejor solución, opto por utilizarlas exclusivamente —excepto cuando se diga lo contrario— según lo planteado en el párrafo anterior.

Me concentraré en dos aspectos de la crítica de la religión: 1) la religión como estructura artificial que aliena y enajena de la vida concreta (a esto llamo *artificialidad*); 2) esta estructura, en cuanto aleja de la vida real, coopta la potencia personal y colectiva para re-ligarnos, monopolizando esta dimensión de la vida y dejándola en las manos administrativas de expertos y de sistemas de «bienestar». Acoto así mis reflexiones, ya que la crítica a la religión es inmensa por el simple motivo expuesto por el propio Marx: «La crítica de la religión es la premisa de toda crítica».⁴

En principio quería escribir un pequeño manifiesto. El plan era redactarlo junto con Gustavo Esteva, en cuyas ideas me inspiro profundamente y con quién ideé el primer planteamiento de este libro. Esta primera propuesta no se llevó a cabo por complicaciones en los tiempos de Gustavo, además de que poco a poco me fui percatando de que un pequeño panfleto no sería suficiente para expresar todo lo que tenía en la mente y en el corazón. Gustavo falleció unos meses después de haber terminado el primer manuscrito del libro. Traigo al recuerdo una anécdota con Gustavo que me parece pertinente. En más de una ocasión, sentados en su estudio o en el zaguán de su casa, Gustavo me dijo que yo ya no tenía religión y que no podría volver a tenerla. Al principio no comprendí a qué se refería, ya que yo insistía en mi estrecha cercanía con ciertas espiritualidades

* Para este autor, el término «misticismo» es igual de colonial que el de religión, por lo que pone en duda la idea de que exista mística fuera del cristianismo. De hecho, es un problema muy interesante que abordé ya en *El dinamismo místico* (primer libro de la trilogía publicado en la editorial Aliosventos). En algún momento de la historia, el término «misticismo» ni siquiera fue cristiano sino griego —no aparece ni una sola vez en la Biblia—, y posteriormente, ya en la disciplina moderna de ciencias de la religión, las «religiones místicas» eran las provenientes de la India, China y Japón, no el judaísmo, cristianismo e islam.

como la ignaciana, la carmelita o la budista zen. Es apenas ahora cuando comprendo a qué se refería mi amigo Gustavo. Este libro es mi ajuste de cuentas con la religión y la superación de un mito en el cual me había sumergido la modernidad y sus pilares. El que ya no tenga religión y nunca pueda volver a tenerla no significa que abandoné mis fuentes, sino que me liberé de un fantasma conceptual que entorpecía mi camino y mi comprensión de la realidad.

La presente reflexión representa la segunda parte de una trilogía que comenzó con *El dinamismo místico. Mística, resistencia epistémica y creación del mundo nuevo*⁵ y que continuará con una tercera entrega sobre la incertidumbre radical. Mi objetivo con esta trilogía se enfoca en pensar filosóficamente la potencia política de la mística, en otras palabras, preguntarse en serio si la mística contiene en sí misma una propuesta de mundo que pueda hacer frente a los horrores que estamos viviendo. Lo que en un inicio parecía sencillo —escribir sobre cómo las religiones monopolizan lo espiritual me parecía algo evidente— comenzó a complejizarse cuando conecté hilos sueltos que tenía por ahí. Fue así como relacioné el monopolio radical de la religión con la implantación de lo que aquí llamo artificialidad, abriéndose la investigación a otros niveles más complejos pero también más hondos. Finalmente resultó una investigación que en ocasiones podría parecer muy académica; en otras, lo contrario. Basta remitirse a la bibliografía que presento para percatarse de las muchas horas de lectura y conversación que se encuentran detrás de un libro que, si bien terminó por cuatriplicar su tamaño original, me parece que abre nuevas posibilidades para la reflexión filosófica, política y religiosa contemporánea. Pido disculpas de antemano si esta profundidad me llevó a perder en claridad, pero espero que la paciencia de quien lea estas líneas me brinde el beneficio de la duda y lea el libro en su totalidad, aunque, como mencionaré en seguida, también puede centrarse en alguna de las partes de forma individual, y creo que de igual manera encontrará algún provecho.

El libro consta de cinco partes, cada una constituida por una serie de capítulos. La primera de ellas intenta ser un análisis sobre nuestra realidad actual. En ella introduzco dos de los conceptos más importantes de mi propuesta, a saber, la artificialidad y el monopolio radical. Se trata de una

lectura de la realidad social que se inspira en los análisis de Iván Illich y sus amigos, una manera de leer la situación sociopolítica que abordé a mayor profundidad en otro lugar⁶ y que, aunque seguramente tendrá sus limitaciones que habrán de enriquecerse con otros tipos de pensamiento crítico, sigo encontrando en estas ideas la comprensión más clara de nuestro presente. Entiendo la modernidad como un proyecto civilizatorio que bebe de la pretensión distópica de construir un mundo puramente humano, es decir, artificial e independiente de los ritmos propios de la vida. En esta primera parte, también trabajo el difícil tema de la artificialidad versus lo real, proponiendo los conceptos de mito desencarnado y mito encarnado para explicar cómo, si bien siempre nos encontramos dentro de un mito, existen de mitos a mitos. La artificialeza, la cual se instaure a partir de sus distintos monopolios radicales, sobre todo el de la religión, es el mito desencarnado por excelencia y se traduce en una guerra abierta en contra de la subsistencia y los medios comunitarios de vida.

Es en la segunda parte donde se encuentra, desplegada en siete capítulos, el núcleo de la crítica a la religión. Aquí explico que la religión se relaciona con el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo, pero también tiene una dimensión sacrificial, artificial y leviatánica. Construyo la noción de religión como un dispositivo mediante el cual se implanta la artificialeza, es decir, se cooptan los sentidos autónomos de las personas y los pueblos. Esta es quizás la parte más compleja e implicó una construcción más afinada del argumento. Considero que, aun así, no agoté las posibilidades de la crítica, pero sí abrí los caminos suficientes que hacían falta, tanto para esta investigación como para futuras reflexiones en esta misma línea.

La tercera parte del libro cambia la tónica de la investigación. Pasamos de la crítica al mundo nuevo que está naciendo, del diagnóstico, a las alternativas concretas. En este capítulo dialogan muchas voces, desde teóricos hasta experiencias concretas que me han marcado, como la Universidad de la Tierra Oaxaca, la Comunidad del Arca-No violencia y espiritualidad y los pueblos originarios. Hablo principalmente de cómo, desde abajo y más allá de las estructuras del Estado, las personas y los colectivos se organizan para recuperar la vida y su cuidado. En otras palabras, cómo

se puede ir más allá de un monopolio radical. Según Gustavo Esteva e Iván Illich, podemos entender las distintas alternativas como los procesos mediante los cuales se verbaliza la vida. Es decir, cuando en lugar de hablar de salud y depositar pasivamente nuestra confianza y potencia en las instituciones contraproductivas, vivimos el sanar(nos) como la dimensión personal y colectiva en donde actuamos libre y gozosamente, aceptando nuestros límites, pero desde la suficiencia comunitaria y no desde la escasez económica. Este capítulo es fundamental para comprender el religarnos, que no es más que la verbalización de aquello que la religión ha monopolizado y sustantivado.

Pero no toda alternativa lo es radicalmente. Así como en las distintas esferas de la vida cotidiana surgen iniciativas muy interesantes, pero que en el fondo lo que buscan es mejorar el sistema y no trascenderlo, así también en el ámbito de la espiritualidad se han construido narrativas que, si bien son críticas e interesantes, a la larga representan más de lo mismo. En el ámbito educativo, por ejemplo, se habla de educación alternativa, la cual seguramente es preferible a las escuelas-prisión tradicionales, pero al final del día mantienen la lógica de la escolarización, la jerarquía y el currículum. Queremos no una educación alternativa sino una alternativa a la educación. Lo mismo sucede con la espiritualidad. Proliferan las opciones de espiritualidades novedosas que terminan siendo religiones alternativas, como opté por nombrarles, y no una auténtica alternativa a la religión. De esto se trata la cuarta parte del libro, de plantear una crítica a aquello que aparentemente quiere salirse del horizonte de lo religioso pero que, como intentaré mostrar, en realidad solo lo refuerza.

Después de todo este recorrido es posible hablar del religarnos. Este es el tema de la quinta y última parte del libro, la cual se concentra en exponer cómo las personas y colectivos están recuperando sus propias maneras de vivir la espiritualidad más allá de las instituciones. Esta salida de la religión no se expresa a partir de la popular sentencia, hoy tan de moda, «espiritualidad sin religión», la misma que, como analizo en la cuarta parte, comunica un afán propio de las religiones alternativas o de la religión de la espiritualidad, es decir, la espiritualidad vivida como religión. Por el contrario, propongo hablar de religarnos, que consiste en la regeneración

de nuestros sentidos a través de los cuales vivimos la realidad de manera más profunda. Se trata de la vida mística, un ahondamiento en lo real en cuanto real en su dimensión y condición mistérica. Cuando las personas dejan de ser individuos para relacionarse en su condición nosótrica con el mundo, entonces es cuando podemos hablar de religarnos. Limito la introducción de esta parte a estas pocas líneas, para no cometer un *spoiler* y animar a que vayan directamente a la lectura.

Repito, entonces, que el argumento completo se comprende leyendo el texto en su totalidad, pero también pienso que es posible tomar alguna parte o capítulo en específico para tratar su temática por separado. Aun así, recomiendo sobre todo la lectura completa. No ofrezco unas conclusiones, más que nada porque el último capítulo funge como tales, pero también porque me parece que la auténtica conclusión de este libro jamás llegará..., pero por lo menos intentaré esbozar alguna en la tercera entrega de la trilogía.

Termino esta introducción agradeciendo a quienes me acompañaron durante este proceso. En primer lugar, a Gustavo Esteva por su inspiración inicial y a mi compañera Ana Belén por aguantar todas aquellas ocasiones —algunas por la noche— en que le hablaba de mis reflexiones. Llegó el momento en que «religarnos» comenzó a convertirse en una palabra propia de nuestra relación: «¿Cómo vas con religarnos?» terminó siendo un equivalente a «¿Cómo estás?». A Manuel Ruelas por dialogar todas mis ideas una y otra vez por medio de charlas y wasaps. Al STMA, particularmente a Margarita por la inspiración, a Carlos Mendoza por sus opiniones y a Juan Carlos La Puente por su acompañamiento. Gracias a las autoras y autores con los que pude dialogar sobre mis inquietudes a través del blog Amanecer: Roberto Ochoa, Humberto Beck, Vanessa Pérez Gordillo, Abdennur Prado, Sylvia Marcos... A pesar de que el libro fue escrito «en solitario», el proceso de escritura estuvo repleto de voces y rostros. Doy las gracias finalmente a todas mis amigas y amigos, primero a quienes me hicieron el favor de leer este manuscrito y regalarme sus opiniones, especialmente a Christian Bailón y Agustín Pániker; segundo, a aquellas amistades con las que he tejido el religarnos durante todos estos años y que, aunque sus nombres no aparezcan, en el fondo este libro se trata de ustedes. Gracias.